

Tras un caminar vivaz y con unos pocos años a su espalda llegan a Córdoba las Jornadas de Estudios Andaluces. Sevilla, Málaga, Granada, asilaron las etapas anteriores. En ese trashumar se fue desmenuzando primero la patética conjunción de problemas que hieren la economía de esta región nuestra. Del esfuerzo queda esa triste radiografía del esqueleto de nuestra estructura económica que son las Tablas Input-Output, primero de las ambas Andalucías, y luego de la única Andalucía. En la última ocasión —hace más o menos un año— se tocó la complejidad del tema autonómico desde unas perspectivas, ávidas por la pasión, de orden jurídico y sociológico.

Aquí y ahora, en Córdoba, suena la hora de bucear aunque sea con concisión en esa profunda temática de la historia que es la cultura. Aquí y ahora. En Córdoba. No en vano aquí han venido a vivir y a veces a morir las civilizaciones todas que hayan pisado cualquier playa española. No en vano también, a pesar de la diversidad de acentos y tonos, torres y campanarios, capiteles, retablos y artesonados, a pesar de tan bellos residuos de tantos tiempos viejos hay por toda la historia cordobesa un unánime estilo humano. Acaso sea aquí, a la vera del río que es la húmeda espina dorsal de la historia y el ser andaluz donde sea más oportuno hablar de cultura y de cultura de nuestra tierra. Aquí donde el recuerdo de Séneca azacanea al ser cordobés, donde Averroes enconsertó la filosofía en el rigor hierático del si-logismo, donde abrevó colores e imágenes el poeta de las soledades, y donde la fuerza del sino constituye una impregnación vital. Puede parecer extraño venir a desembocar en la cultura desde el trampolín enteco de los problemas económicos. No sé si algún dogmático creyente en la concepción materialista de la historia puede avalar esa dialéctica. Al menos yo, la entiendo distinta. Para mí hay como una sustancial menesterosidad tanto en el campo de la ciencia política y en el impuro del hacer político, como en lo económico. Siempre se alcanzan unas fronteras truncadas; parece necesitarse una visión más hermosa y global del hombre, del hombre taumaturgo que trasmuta los casos naturales en cultura. Para mí la cultura es cimiento y no penacho. Por ello era obligado que las Jornadas tenían necesariamente que arribar a esa plaza, o mejor tenían que ahondar tras los guarismos de las tablas, y tras el andamiaje abstracto de los conceptos jurídicos para encontrar apoyo, asidero y sentido en esos valores, imprecisos

quizás, que están detrás de la sentencia de Séneca, de Plauto o de Juan de Mena o de cualquier dicho popular ceceado en estas calles.

Sin embargo, cabe preguntar entre otras dos preguntas que apuntan al corazón mismo de estas Jornadas. ¿Tiene sentido gastar en salvos el esfuerzo de tantos hombres en el estudio de la raíz de la cultura andaluza, cuando ya han llegado a nuestra hora, los adelantados de una manera nueva de vivir? ¿Hasta dónde llevamos la hipóstasis del adjetivo al hablar de cultura andaluza?

Desde luego cabe preguntarse si es lícito en este final del siglo XX preocuparse por un pasado lejano; si tiene sentido que en los mojones mismos, algunos dejados atrás incluso, de un mundo nuevo, de un mundo distinto hablemos de viejos recuerdos y si no sería mejor armarnos todos de técnicas nuevas y dibujar por lo menos el borroso boceto de la realidad que nos amanece en el inquieto escenario de nuestro tiempo. O si quieren Vds. más pragmáticamente si no hubiera sido mejor y más útil buscar más afanosamente, con más ahinco en la carne de hogaño y bosquejar esa solución que demanda nuestra región, o siquiera expresar una vez más las cuestiones que la agitan.

Es sin duda cierto que el vivir del hombre está dando un quiebro rápido, y que muchas formas de convivencia que hemos conocido y vivido desde la familia a las empresas, serán como tantos haceres; como el hombre mismo verdura de las eras. Podemos probablemente apuntar algunos caracteres de la nueva edad, quizá con más precisión los de carácter técnico. Sin embargo entre ellos viene escondida en su ritornello permanente en la historia el dualismo entre poder y libertad. Pero la revolución de los miniorordenadores va a entrar en la vida cotidiana de las pequeñas empresas y en la de muchos hogares familiares. Con ello al parecer se desvanece la amenaza del Gran Hermano que desde el gran ordenador central y centralista convertía en parpadeo eléctrico el hacer nuestro.

Entre las múltiples coordenadas que aprisionan el futuro que ha empezado ya hay dos de una especial peligrosidad. La biogenética y la teleinformática. La posible manipulación de la información recibida por el óvulo al saltar al primer estallido de la vida abre la vía de un poder con una capacidad de maldad o de bondad hasta límites que angustia el predecir. Si es posible que en el mundo de mañana a la mañana la expansión de los microordenadores deje obsoletos los carísimos cerebros utilizados hasta hoy, lo es más que con ello el centro de poder se va a trasladar al titular de las líneas de comunicación, que entonces va a recibir y poder almacenar todo el caudal de información que intercambiaron las múltiples pantallas.

Se está pues consolidando una técnica poderosísima y apasionante,

que ofrece —no se sabe bien a quien— unas armas nuevas. Es evidente que la postura lógica no puede ser el simple y mero rechazo. Tenemos que asumirla siempre que en el corazón de nuestras gentes moren el puñado de ideas que han sustantivado su ser. Por ello es imperativo más que nunca acudir ansiosamente a los valores culturales para entenderlos mejor y que sean a la vez la coraza que nos defienda de ataques desleales y la flecha que apunte orgullosa a fines honrados. Por ello hay que bautizarse con todo el cuerpo y el alma en el mar agitado de la cultura, sumergiéndonos en él. Si siempre la cultura ha sido el resquicio por el que la libertad palpítaba, ahora es la cultura la que tiene que dar contenido a la libertad; es la cultura la que se opondrá a manipulaciones indignas. La cultura tendrá que ser el hábitat del hombre modernísimo y libre.

Hoy, cuando la conciencia del entorno anima muchas posiciones y pinta en verde tantos carteles electorales, debemos estar decididos a que no se rompa ni se invada nuestro microclima personal, ese mudo intercambio entre libertad íntima y cultura universal. Sólo por la cultura el hombre se humaniza y adquiere hondura y temple.

En los ciclos históricos la presencia del cambio de rumbo aparece desoladamente a veces, dejando a los hombres sin estrellas entre una niebla galopante. En estos momentos la conciencia del cambio y su fruto en agraz, empieza a amargar la boca. Todos sabemos que con una velocidad excesiva todo cambia bajo nuestros pies y nuestra mirada no alcanza a distinguir con precisión perfiles nítidos. Ante ello no hay otro recurso para poner serenidad y juicio en nuestras cábalas, y que con el esfuerzo preciso, ahondar y anchar nuestra cultura cortical. Por eso estamos aquí y ahora.

Pero no podemos preguntar si es lícito alzar fronteras sobre la cultura global y partirla y desmigalarla con adjetivos regionales. Afortunadamente uno de los nuevos escorzos que nos ofrece el cambio de la época, es la apelación a las raíces, es el encuentro con el alma profunda de los lugares en que nacimos. No hay ciertamente cultura auténtica que no sea universal, pero no hay cultura que no tenga bien fechada la hora de su cuna y el aire que envolvió su primavera. La cultura como hacer esencial y total humano, arrastra lo que es una de nuestras condiciones, la de cecear muy al estilo nuestro, un endecasílabo universal.

Por ello es lógico que, sin menoscabo de su significación global, nos adentremos por la cultura andaluza y por nuestra historia. Con Ganivet y acentos de San Agustín gritamos el "noli foras ire". Es en el alma, en el alma del alma, en el tuétano del alma de nuestro pueblo donde está nuestra verdad, muy nuestra, recamada de ceceo y muy universal. Además, a mi parecer, en el alma andaluza todavía pervive como en el nombre de tantos

pueblos de su solar, el sentido de frontera. Pero si la frontera significa en algún caso un cerramiento la hosquedad de un muro —de lengua o de silencio— despreciativo, o en otros un límite que en sus mojones pone el perfil especial de sus victorias, o una tensión permanente que lo lleve adelante, la frontera andaluza con sones de romance, fue más que línea cerrada, paso con dos caminos, uno el de afuera y otro el de adentro. Desde sus barbaccanas pocas flechas saltaron, y sí gestos seculares de convivencia. No sé si por esa hermosa cicatriz de una frontera partiendo levemente, la unidad de un pueblo, el andaluz mientras más suyo sabe que es su canto, más lejos lo canta; a todos quiere bellamente asaetar.

Espero que alguna vez los investigadores culturales españoles ofrezcan algo que me parece un afán muy hermoso. De la misma manera que en las Tablas económicas se expresa la cantidad de las diversas materias que integran la fabricación de un producto y qué sectores lo adquieren, creo que sería posible elaborar lo que podríamos llamar el entramado de la cultura española. Poner de manifiesto los ocultos hilos con los que la historia ha ido engarzando la pluralidad de nuestros pueblos.

Estoy seguro que como el eco a la voz y la sombra al cuerpo, cada una de las ponencias retumbará en nuestro interior e intuiremos las ondas del camino que el arte o la lengua o la historia anduvo Sierra Morena arriba.

Ahora muy brevemente exponer las razones por las que yo —andaluz del destierro— estoy aquí, en nombre del Banco de Bilbao. Como Banco nacional que es, necesita estar en contacto y presente en todo el solar español. Y necesita estar, no como un injerto abortado, que no recibe savia del árbol matriz, sino que por saber que sus hojas necesitan de las raíces bien encepadas, y para ello no hay sino un camino a emprender, aprender, saber aprender, aprender de cerca.

No hay aquí ni una maniobra publicitaria, ni la expresión de un mecenazgo rumboso. Para esplendidez nos basta con vivir en Córdoba y estar aquí; para generosidad de la Universidad y Diputación que no ya desde la ausencia cercana de Granada de Góngora, sino en presencia viva nos permite repetir una vez más con él “ver tu muro, tus torres y tu río, tu llano y sierra ¡oh patria, oh flor de España”.

RAFAEL ACOSTA ESPAÑA
Adjunto a la Presidencia del Banco de Bilbao